

## ORANDO CON LA PALABRA

(Corpus Christi)

“ El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron :” ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?”. Él envió a dos discípulos diciéndoles: “ Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: “El maestro pregunta :Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?. Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena”. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo : “Tomad , esto es mi cuerpo”. Tomando una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron. Y les dijo: “ Esta es mi sangre, sangre de la Alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios” Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos”

( Mc. 14,12-16.22-26)

En la fiesta de Corpus Christi, recordamos, actualizamos y agradecemos que Cristo Jesús se quiso quedar entre nosotros, presente en la Eucaristía.

La Palabra nos sitúa hoy en el clima y el espacio dónde Jesús quiso celebrar la Pascua con sus discípulos. Es en la cena, compartiendo el pan y la palabra, dónde Jesús se ofrece como comida y bebida de salvación.

“ Tomad, esto es mi cuerpo”. Comer su pan es entrar en comunión con Él. Es acogerle para dejar que nos vaya identificando con Él, con su estilo de vivir, de elegir, de servir, de entregarse.

Jesús se nos entrega hecho vino y pan en la mesa, compartiendo palabra y fe. Es la mesa de la fraternidad, abierta a todos, en la que los últimos son los primeros y es mayor, el que más sirve. Compartir su mesa nos compromete a acoger a todos, a ir haciendo del mundo, la mesa universal dónde todos, hombres y pueblos tengan su pan, su palabra y su dignidad.

Jesús está y permanece entre nosotros. Adorarlo presente en la Eucaristía, no se reduce a un encuentro intimista, es adhesión humilde, creyente, orante. Es reconocer y agradecer, que su presencia nos fortalece y nos unifica. Es comprometernos a compartir la vida y la mesa con todos. Es dejar que, en nuestra mesa y en nuestro corazón, los primeros sean los últimos.

## ORACIÓN

Vengo a ti, Señor,  
a darte las gracias  
porque has querido quedarte entre nosotros,

hecho pan blanco,  
sencillo y humilde, alimento y fuerza,  
presencia, cercanía y fortaleza.

Vengo a ti, Señor,  
a darte las gracias  
porque nos sigues invitando a tu cena,  
porque en tu mesa, nos vuelves a ofrecer  
tu cuerpo y sangre derramados,  
como alimento de salvación.  
Porque tu pan partido y entregado,  
nos compromete  
a hacer de tu mesa,  
banquete fraterno y universal.

Vengo a ti, Señor  
a darte las gracias,  
porque me regalas la fe.  
Por ella,  
CREO  
que permaneces entre nosotros,  
hecho presencia y pan.  
Que comulgar contigo  
es ir haciéndonos uno en ti  
y entrar en comunión  
con todos los seres de la tierra.  
Que, en tu mesa,  
compartimos el pan y el compromiso  
de hacer del mundo  
mesa abierta y universal.

“ Tomad, esto es mi cuerpo”.  
Entrar en comunión contigo,  
es ir haciéndote sitio, dentro,  
es ir vaciándonos,  
descentrándonos de nosotros mismos,  
dejando que resentimientos,  
prepotencias, temores  
se vayan pacificando en tu misericordia.  
Es acoger tu cuerpo, tus sentimientos  
tu estilo de vivir.

Es elegir como tú, eliges,  
servir como tú, sirves.  
Es mirar con tus ojos,  
acompañar con tu pasos,  
acariciar con tu sonrisa.

Que al compartir contigo,  
la mesa de la Eucaristía,  
vivamos tu presencia hecha alimento,  
fuerza y salvación.  
Que hagamos de ella,  
mesa abierta,  
dónde tengan cabida los temores,  
las dificultades,  
las alegrías del mundo.  
Dónde los pequeños y los últimos  
se sientan acogidos, queridos, valorados.  
Dónde podamos compartir  
como hermanos  
tu Palabra y tu promesa de salvación.

Vengo a ti, Señor,  
a darte las gracias,  
adorando tu cuerpo  
presente en la Eucaristía.  
En silencio,  
ante el misterio  
de tu presencia hecha pan,  
te pido que mi encuentro no se reduzca  
a una oración intimista y tranquilizadora.  
Que sea una adhesión humilde,  
creyente, orante.  
Que sea un dejar  
que tu presencia nos unifique y nos hermane.  
Que sea impulso creativo y solidario  
para hacer que, en nuestra mesa y en nuestro corazón,  
los primeros sean los últimos.

*Amén*

(Hna. F.Oyonarte)

